

Baudouin van den Abeele, *La Fauconnerie au Moyen Âge: connaissance, affaitage et médecine des oiseaux de chasse d'après les traités latins*. París, Éditions Klincksieck, 1994.

La investigación sobre la literatura cinegética a lo largo del siglo xx se había concentrado en los textos vernáculos, especialmente románicos. Esto no quiere decir que el mundo latino hubiera sido dejado a un lado, ahí están los trabajos de Gunnar Tilander y su espléndida colección *Cynegetica*. Sin embargo, desde sus últimos trabajos de finales de los años 60 la caza en lengua latina se vio prácticamente relegada, la literatura en lenguas vulgares asimismo se vio casi olvidada, pero desde los años ochenta, sobre todo desde su segunda mitad, hubo un renacer del interés por las obras de caza, especialmente de cetrería, de la Edad Media, resurgimiento que llegaría a su apoteosis en los primeros años noventa, en los que se llegó, incluso, a una magnífica exposición sobre el tema en el Musée International de la Chasse ubicado en el Chateau de Gien (Francia).

Dentro de este renacimiento del interés por la literatura venatoria medieval y en especial latina, se encuadra el libro de van den Abeele que aquí comento. Es un volumen lleno de sugerencias que pueden hacer que la investigación sobre los libros de cetrería medievales, tanto latinos como vulgares, se encamine por otros derroteros ya que existe un interesante corpus textual sobre el que basar los estudios y hoy tenemos ediciones fiables de la gran mayoría de las obras que los avatares de historia nos han legado.

Este estudio de van den Abeele está dividido en cuatro capítulos a cual más interesante y sugerente. El primero, titulado «La documentation» (pp. 15-44) es una revisión actualizada de los manuscritos conocidos y accesibles que entre sus folios atesoran alguno de los libros de cetrería latinos; la lista es ciertamente voluminosa, 65 manuscritos producidos en su gran mayoría entre los siglos xiii y xvi. Esta sencilla lista se ve profusamente ampliada con el subpartado dedicado a los textos que tales manuscritos encierran. Cada ficha está constituida por un sucinto comentario del contenido del texto a la que sigue la cantidad de manuscritos en los que se conserva así como el incipit y el explicit y la agrupa bajo cuatro rúbricas de corte cronológico: «Les debuts du genre», «Un XII^e siècle productif», «Les oeuvres du milieu frédéricien», «Les traités des XIII^e et XIV^e siècles» y una quinta más bien tipológica dedicada a «Les compilations et traductions». Esta breve presentación de los textos muestra que de la Edad Media latina se conocen 65 manuscritos que contienen 28 obras diferentes de entre los siglos x y xiv, aunque la gran mayoría se constriñe al espacio temporal marcado por los siglos xii y xiii. Van den Abee-

le no se contenta con dar cuenta de los testimonios latinos y va más allá, de manera que bajo el epígrafe «Les sources complémentaires» presenta los textos en lenguas europeas, básicamente neolatinas (provenzal, el lengua *d'oil*, italiano y castellano —aquí podríamos poner un pequeño reparo a van den Abeele y es el considerar la Península Ibérica como unitarias desde el punto de vista lingüístico pues no menciona para nada los textos portugueses como el *Livro de falcoaria* de Pero Menino ni los varios textos catalanes que se conservan, y eso que algunos de ellos son versiones de algunos de los textos latinos recogidos por van den Abeele). Muy de pasada aclara que las lenguas germánicas nada tienen que aportar al género ya que en alemán «l'essor du genre vient seulement au XVe s.» (p. 40) y en inglés es mucho más tardío, de fines del siglo xv. Para no dejar ninguna posibilidad olvidada también informa sobre la literatura enciclopédica ya que en algunas ocasiones encierran entre sus páginas textos cetreros plenamente autónomos como la *Epistola ad Ptolomeum* que se integra en el *Liber de natura rerum* de Tomás de Cantimpré, o bien dedican algunos de sus capítulos a la cetrería como sucede en el *Liber de proprietatibus rerum* de Bartolomé Ánglico. De menor interés, aunque no exento de él, son los apartados dedicados a «La littérature de fiction» y a «L'iconographie».

Los tres capítulos restantes es donde en concentra el aspecto más interesante e innovador del libro de van den Abeele, pues se trata de una sistematización de los aspectos ornitológicos, cinegéticos y terapéuticos que los libros de cetrería latinomedievales encierran en sí.

En el capítulo II, titulado «Les informations ornithologiques» (pp. 45-91), pasa revista a las aves de rapiña y sus clasificaciones. Tras unas breves secciones en las que explica qué son «les rapaces affaîtés», expone las clasificaciones latina y árabe de las aves de rapiña (la árabe según el Moamín). Estas clasificaciones le lleva a dividir este capítulo en tres grandes apartados dedicado cada uno a cada una de las especies utilizadas en la cetrería. En el de «les faucons» (pp. 51-75) repasa todos los nombres que las diversas especies y subespecies de falcónidas reciben en los libros de cetrería, incluso cuando se trata de hapax como el *Smerelio* (= esmerejón en Federico II), o el *Mirle* (= esmerejón en Alberto Magno). Con las accipitridas (pp. 75-86) sigue otro procedimiento pues el término latino *accipiter* tiene cinco significados distintos: puede servir como nombre genérico de las aves de rapiña, y dentro de las aves rapaces puede estar restringido a aquellas que sirven para la cetrería, y de entre las aves de rapiña susceptibles de ser empleadas en cetrería la palabra *accipiter* puede servir para los azores y los gavilanes sin distinguir entre una y otra especie, y por último para designar o bien a los azores o bien a los gavilanes; debido a esta fluctuación de significados, van den Abeele prefiere utilizar como epígrafe el nombre francés actual y explicar los diversos nombres que cada accipitre recibe en los varios textos en los que se documenta. El último apartado lo dedica al águila, una ave un tanto problemática puesto que en los textos occidentales apenas se menciona como ave de cetrería, es más, desde el más antiguo texto, el *Anónimo de Vercelli*, la mayoría de los textos lo que hacen es dar remedios de cómo evitar que las águilas molesten y entorpezcan a las aves de cetrería y tan sólo en la versión latina del Moamín se

mencionan dos especies de águilas, el *aquila simpliciter* para cazar cuadrúpedos y el *zummag* para cazar grullas.

«Les informations cynégétiques» (pp. 93-171) constituyen el tercer capítulo, el cual se encuentra dividido en cinco subapartados que en cierta medida siguen el hilo expositivo de muchos de los consejos e indicaciones que ofrecen los libros de cetrería que van den Abeele analiza. Así, en primer lugar, se dedica a los problemas de «L'aquisition des oiseaux» en el que distingue entre cómo obtienen los mercaderes las aves de rapiña, que bien puede ser robándolas de los nidos tanto si se trata de aves *niegas* (a partir de este momento utilizaré la terminología castellana tradicional) es decir las que casi acaban de nacer y aún tienen el plumón, como *rameras* aquellos pollos que ya están plenamente desarrollados y que se están iniciando en el vuelo; el otro método de obtención de aves de cetrería es por medio de la captura de aves adultas. Por último trata del comercio propiamente dicho, sin embargo, van den Abeele se centra más bien en los nombres que reciben las aves dependiendo del lugar de donde procedan lo que le lleva a hacer la observación de que, si en un texto italiano de una época tardía se mencionan halcones arameos, eso no quiere decir que se traficara con aves procedentes de Armenia, sino que esa designación se transmitía de unos textos a otro totalmente ajena a la realidad. Aunque se supone que el libro se limita a los textos latinos, esporádicamente recurre a los textos románicos para ilustrar sus explicaciones, y así cita a López de Ayala para aclarar que uno de los mercados cetreros más pujantes de la Edad Media se encontraba en Flandes y en especial en la ciudad de Brujas sin embargo, van den Abeele no ha sabido explotar las anécdotas de Ayala sobre el comercio y el transporte de las aves, pues de haberlo hecho habría podido ofrecer una visión mejor y más vívida de esa pequeña parcela de la vida medieval. Prosigue con «Les conditions materiales» (pp. 100-121) y bajo este epígrafe explica qué son una habitación, llamada *firma*, *casa* o *domus clausa* en latín en la que se sosegaban las aves de rapiña jóvenes, las halconeras, alcándaras, mudas, los guarnimientos (pihuelas, lonjas, cascabeles y capirotos) y, por usar las palabras de Ayala «de quales cosas ... deue andar apercebido el caçador e traer consigo para sus aues» (señuelos, la *virga* (?), la aljaba o *bursa carneraria*, la luva, el fiador y el tambor). Una vez que el cazador en ciernes ha entrado en los circuitos comerciales de las aves de cetrería, ha adquirido su ave y todos los accesorios que tal maestría requieren, van den Abeele nos introduce en el entrenamiento de las aves, en el *afeitamiento*, y nos ofrece un recorrido por las diversas etapas por las que han de pasar tanto el ave como el cazador para *afeitar* una ave de rapiña para la cetrería, desde los primeros cuidados a una exposición detallada de las *prisiones* que prefiere cada ave, y nos muestra que a través de la fatiga, el hambre y la privación de la vista las aves se van amansando progresivamente hasta hacerse *maneras*, para inmediatamente introducirnos en las «Premiers leçons et introduction au vol» (en español medieval existe una preciosísima descripción cuajada de anécdotas, en el capítulo VIII del *Libro de la caza de las aves* de Pero López de Ayala). Después llegamos a la caza propiamente dicha, pero las indicaciones de la literatura latina son paupérrimas, apenas si se limitan a indicar qué problemas puede haber en la caza y qué prisiones hace cada ave de caza, y así ofrece

unas interesantes tablas (pp. 145 y 149) en las que muestra qué presas (de pelo y pluma) prefieren las aves de cetrería de acuerdo con los textos latinos y la literatura de ficción francesa.

En «Les soins courantes» da un repaso a los cuidados higiénicos y alimenticios que los cazadores debían observar, y nos conduce a través de normas dietéticas, la muda y el cuidado de las plumas. Cierra este tercer capítulo sobre las informaciones cinegéticas con los hombres, y expone cómo debían de ser los halconeros. Según van den Abeele el mundo de los halconeros medievales está mal conocido salvo en el caso de la corte inglesa y España. Se detiene brevemente en el aspecto social de la cetrería y se lamenta de que «la dimension sociale de la fauconnerie est pratiquement absente des traités de fauconnerie latins, qui ne sacrifient jamais à l'anecdote, comme le feront plus tard certain traités vernaculaires» (pp. 165-166), y entre esos tratados vernáculos cita el de Ayala, aunque ese aspecto social de la cetrería está en todos los tratados castellanos de cetrería desde el de don Juan Manuel hasta los del siglo xvii. Esta ausencia de aspectos sociales trata de suplirla con fuentes secundarias y ve en ellas dos *loci classici*. El primero «est l'ordonnance de 1396 par laquelle Charles VI interdit la chasse aux non nobles» y el otro *locus classicus* es exclusivamente inglés y muy tardío (se encuentra en el llamado *Boke of Saint Albans* impreso en 1486) y se refiere a la asignación de una ave a cada estamento de la sociedad.

El cuarto y último capítulo trata de «Les informations thérapeutiques» (pp. 173-260) y es, sin duda, el aspecto al que más espacio y tiempo dedicaron los viejos textos cetreros no solo latinos sino también vernáculos, no en vano fue el «unique sujet de preoccupation» (p. 173) de la primitiva literatura, y sobre todo de la escrita en latín, pues una de las conclusiones que establece van den Abeele al final de su libro es que «un traité de fauconnerie latin est avant tout un traité du falcon malade» (p. 263).

Este último capítulo es, sin ningún género de dudas, el más complejo. Complejo porque lo que se trata es de sistematizar las informaciones terapéuticas que la literatura latina encierra. La primera observación es que en los tratados latinos, si se exceptúa el de Federico II, apenas hay información (y por lo tanto preocupación) por la anatomía. Todo lo contrario ocurre con la patología y sintomatología de las más variadas y dispares enfermedades que pueden padecer las apreciadísimas aves de cetrería. Hace un detallado recuento de las enfermedades que pueden padecer y de los síntomas que los diversos tratados recogen (pp. 180-217). Tras un paréntesis para exponer las enfermedades según Moamín (pp. 213-16), aborda los problemas terapéuticos, de los que los fundamentales son los farmacológicos, pues la cirugía apenas si muestra alguna que otra nota (pp. 245-47), sobre las fracturas y las sangrías, uno de los remedios más utilizados en la medicina. Sin embargo, es en la farmacopea en lo que más insisten los tratados, no solo latinos, sino también los vernáculos, y así establece el inventario de las sustancias empleadas, su *matéria medica*, las recetas y su elaboración, la posología, y un claro problema, el de la eficacia de los remedios. Como no lo debían de ser, en algunos tratados se recurre a aspectos mágicos y astronómicos, de los que da cuenta van den Abeele (pp. 247-50). Cierra este cuarto capítulo con una compleja pre-

gunta, si los remedios para las aves de cetrería son específicos o si son comunes con la medicina humana y la veterinaria en general. No se atreve a contestarla, tan solo a apuntar algunas pistas por las que puede discurrir la investigación, una de ellas es el uso de los antidotos (ps. 251-53) y otra pista puede ser el estudio los *simples* (pp. 254-57) utilizados en la farmacopea humana y veterinaria.

Cierra el volumen con las conclusiones (pp. 261-66) que hemos ido adelantando, la bibliografía (pp. 267-88) y una serie de anexos muy interesantes como el «Index de maux mentionnés dans les traités latin» (pp. 289-91) y el «Index de la pharmacopée des textes-sources» (pp. 292-311).

El colofón del libro lo constituyen las veintidós ilustraciones que se encuentran recogidas en las pp. 329-43 y que sirven para mostrar al lector algunos de los guarnimientos, métodos para la obtención de las aves y formas de aplicar algunos remedios.

En definitiva, nos encontramos ante un texto excelente, lleno de sugerencias y vías de investigación que ningún historiador ni editor de los libros de caza, y en especial de cetrería, debe ignorar, con independencia de si edita y estudia los textos latinos o en cualquier otra lengua, pues aún hay mucho que hacer. Este libro de van den Abeele hay que entenderlo como una guía de investigación cuyo último cuadernillo está en blanco y hay que irlo escribiendo poco a poco.

JOSÉ MANUEL FRADEJAS RUEDA
UNED, Madrid

Pierre Bec, *Chants d'amour des femmes-troubadours. Trobairitz et «chansons de femme»*, Paris, Stock, 1995.

Rosamaria Aguadé i Benet, *La veu de la dona a l'Edat Mitjana. Antologia i estudi de textos lírics romànics*, Girona, Ajuntament de Castelló d'Empúries, 1994.

Durante los últimos quince años hemos presenciado un notable aumento del número de artículos y monografías consagrados a las mujeres (históricas y literarias) medievales con orientaciones y objetivos dispares. No cabe duda de que la inusitada acogida que han gozado en algunos países los *women studies* y, más recientemente, los *gender studies*, está propiciando un desarrollo que va brindando una más que abundante bibliografía. La mujer medieval, como sujeto esquivo y objeto equívoco, representa la cara y la cruz de un complejo enigma sin desvelar por completo.

Las *trobairitz*, o lo que es igual las «trovadoras» en lengua de oc, han merecido una especial atención desde esta perspectiva como consecuencia del privilegiado espacio poético en donde se asientan: a pesar de que solo conservemos cuarenta y seis poemas (veinticuatro de ellos anónimos), nos encontramos ante un corpus con la suficiente amplitud como para atrevernos a analizar los componentes retóricos y esa *individualidad* que nos permitiría valorar la voz lírica de una mujer escrita por una mujer (que no por un hombre

que imita o rescata la voz femenina) en una lengua vernácula durante los siglos XII y XIII. Como nos recuerda de nuevo Peter Dronke, gracias a la traducción castellana de su *Women Writers of the Middle Ages*, no conservamos poemas de mujeres ni en el norte de Francia, ni en Inglaterra, Flandes o Alemania; la situación en Italia es similar, si descontamos aquella *Compiuta Donzella* toscana del Duecento inexistente para muchos críticos; en los reinos hispánicos, las cantigas de amigo no dejan de ser un género compuesto por trovadores: «En lo que respecta a todas las lenguas y culturas, estamos a la merced de los antólogos; del mundo, predominantemente masculino, de cronistas y copistas. Esto hace de la existencia íntima femenina en provenzal algo doblemente precioso»¹.

Afortunadamente, la indispensable edición del corpus de las *trobairitz* preparada por Angelica Rieger ha supuesto un renovado punto de partida textual que, sin lugar a dudas, está propiciando muchas de las nuevas lecturas interpretativas de nuestras autoras². Este importante trabajo y otros estudios recientes, como los reunidos por W. D. Paden, los de M. T. Bruckner e I. de Riquer, nos brindan las mejores claves introductorias para comprender la dinámica del mundo y de la poesía de las *trobairitz*³.

Al grupo selecto de las ediciones se incorpora la reciente antología de Pierre Bec titulada *Chants d'amour des femmes-troubadours*, que aparece en la colección «Moyen Age», de la editorial Stock, dirigida por Danielle Régnier-Bohler. Bec, quien como medievalista ya había demostrado en trabajos anteriores su interés por estas autoras, nos ofrece ahora un volumen dirigido a un lector medio que pretende cubrir un claro vacío editorial en lengua francesa. La introducción (pp. 9-61), por esta razón, adquiere un tono eminentemente divulgativo y analiza la actividad de las *trobairitz* desde los diversos ámbitos de que disponemos para conocer su vida y su obra: los textos mismos en su tradición manuscrita pero también las imágenes que de ellas nos brindan los cancioneros y las *vidas* y *razós* conservadas⁴. Cada uno de los poemas de

¹ P. Dronke, *Las escritoras de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1995 (primera edición original de 1984), p. 143.

² A. Rieger, *Trobairitz. Der Beitrag der Frau in der altokzitanischen höfischen Lyrik. Edition des Gesamtkorpus*, Tübingen, Niemeyer, 1991.

³ Véase William D. Paden (ed.), *The Voice of the Trobairitz. Perspectives on the Women Troubadours*, Philadelphia, University Press, 1989; Matilda Tomaryn Bruckner, «Fiction of the Female Voice: the Women Troubadours», *Speculum*, 67 (1992), pp. 865-891, y, más recientemente, «The Trobairitz», en F. R. P. Akehurst y J. M. Davis (eds.), *A Handbook of the Troubadours*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 201-233; Isabel de Riquer, «Tota dona val mays can letr'apren: las trobairitz», en A. Carabí y M. Segarra (eds.), *Mujeres y literatura*, Barcelona, PPU, 1994, pp. 19-38.

⁴ Recordemos el estudio de A. Rieger sobre la representación de la mujer en los cancioneros, «*Ins e.l cor port, dona, vostra faisso. Image et imaginaire de la femme à travers l'enluminure dans les chansonniers de troubadours*», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 28 (1985), pp. 385-415. Véase ahora la monografía de Martín de Riquer *Vidas y retratos de trovadores. Textos y miniaturas del siglo XIII* (Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1995), donde se nos ofrece la totalidad de las *vidas* y

la antología, siempre ofrecido en su lengua original, va precedido por una breve introducción y acompañado de una traducción en prosa al francés moderno, así como de algunas notas léxicas, históricas y temáticas, cuyo objetivo es facilitar la comprensión del texto. Se añaden tres útiles apéndices finales (pp. 233-253) donde se nos informa de la procedencia de los manuscritos, las ediciones empleadas y la versificación, una bibliografía con ochenta y seis referencias (ediciones y estudios) y un glosario básico provenzal-francés. A la vista de los resultados se trata de un magnífico ejemplo de divulgación filológica y literaria, pues las limitaciones editoriales impuestas — evidentes por lo demás — no impiden que se apunten propuestas de interpretación muy sugerentes.

Bec se detiene a descifrar los rasgos que singularizan las composiciones de estas autoras instaladas en un código retórico masculino como es el trovadoresco y recupera su conclusión de que los valores *psico-poéticos* (tipo «joi») son más relevantes que los *socio-poéticos* (tipo «mesura», «valor» o «largueza»), pero que, además, en el juego dialéctico entre amado y amante que se desarrolla, «la dame-poëtesse rest donc bien dans le système, mais elle s'y intègre beaucoup moins en tant que femme, c'est-à-dire avec l'expression éventuelle de sa féminité authentique, qu'en tant que domna, c'est-à-dire, encore et toujours, comme protectrice et dominatrice» (p. 36)⁵. Esta lectura designaría la modulación diferenciada de las motivaciones primeras de la lírica de las *trobairitz* en el código social de los trovadores: sería lo que Bec analizó y denominó el *contre-texte*⁶. Tal interpretación le permite enlazar el corpus amoroso de las poetisas en lengua de oc con la tradición de las «chansons de femme» al distinguir entre *féminité génétique* y *féminité textuelle* (pp. 48-49).

Sin embargo, parece notorio que ésta es la causa que obliga a que la selección se decante hacia la lírica amorosa, de forma tal que los veinticinco poemas elegidos corresponden a catorce *cansós*, diez *tensós* y un *salut d'amour*, representativos de un correcto acercamiento cuantitativo al corpus global, aunque a mi entender la limitación impuesta sesgue nuestra visión temática del conjunto de la producción poética de las *trobairitz*. El presupuesto vertebrador — y práctico a su fin — no se nos oculta, pues Pierre Bec entiende como un *todo* la lírica con voz femenina medieval: así las *trobairitz* pertenecerían al «registro aristocratizante del gran canto cortés femenino» complementario del nivel «popularizante» de las *chansons de femme*, de autoría anónima o de autor masculino, de entre las que elige nueve piezas (dos de ellas de trovadores como Raimbaut de Vaqueiras o Cerverí de Girona). Se trata de un aspecto, teórico y práctico, de gran interés sobre el que inevitablemente debemos reflexionar ante cada nuevo caso planteado por la crítica,

de las *razós* provenzales en edición bilingüe, así como las miniaturas de trovadores que aparecen en los cancioneros A, H, I y K.

⁵ Este planteamiento fue desarrollado en su artículo «Trobairitz et chansons de femme. Contribution à la connaissance du lyrisme féminin au Moyen Age», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 22 (1979), pp. 235-262.

⁶ La idea ya fue formulada por Pierre Bec en el capítulo «Le contre-texte féminin» de su *Burlesque et Obscénité chez les troubadours. Le contre-texte au Moyen Age*, Paris, Stock, 1984, pp. 191-205.

tanto por lo que respecta a sus dimensiones literarias como histórico-sociales⁷.

Por su parte, el principal mérito de la antología de Rosamaria Aguadé i Benet es el de ofrecer un instrumento divulgativo que capta diversos matices y registros de «la voz femenina» en la lírica románica medieval. Con brevedad y buen tino va exponiendo, tras un breve proemio general, los aspectos históricos más notables y los rasgos temáticos y técnicos que caracterizan la poesía de las *trobairitz* provenzales (pp. 15-49), de las *chansons de toile* francesas (pp. 53-75), de las *cantigas d'amigo* galaico-portuguesas (pp. 79-100) y de *poetesses* catalanas de los siglos xiv y xv (pp. 103-114), incluyendo en cada apartado una acertada selección de textos con una presentación bilingüe (original y versión catalana en prosa) y en algunas piezas la siempre interesante transcripción de su melodía. En un apéndice final se incluye una lista del corpus poético de las *trobairitz* (así como las «vidas» que de ellas se han conservado) y de las *chansons de toile*, completado con una bibliografía básica para cada uno de los ámbitos abordados⁸.

A tenor del objetivo impuesto, el resultado del trabajo de Rosamaria Aguadé i Benet es modesto pero excelente, limitado en su alcance y en las dimensiones impuestas pero atractivo para un público no habituado a saborear los textos medievales. Las traducciones siempre son muy fieles a los originales y las presentaciones de cada tema orientativas y prudentes. Sin embargo, tal vez hubiera resultado aconsejable que el prólogo inicial fuera algo más extenso y se hubiera aprovechado para interrelacionar los diversos géneros que se brindan al lector: la continuidad o ruptura en las tradiciones literarias manejadas, alguna observación de «las voces masculinas» coetáneas y sobre todo — y a mi entender también muy importante — una más clara orientación de las diferencias entre la lírica compuesta por mujeres (mediante unas poéticas «de hombres») y aquella otra en que la mujer es una voz inventada por un determinado discurso poético y retórico «masculino», solo apuntadas en el capítulo dedicado a la lírica en lengua de oc, el más extenso del libro.

Aunque los estudios históricos hispánicos han avanzado más decididamente que los literarios en la concreción de las coordenadas en que vivían las mujeres del Medioevo peninsular, tampoco parece necesario recordar ahora las abundantes contribuciones que han ido viendo la luz en torno a la imagen de tal o cual representación en obras señeras, géneros y tradiciones de nuestras letras, sin olvidar las aportaciones en torno a aquellas autoras que, como

⁷ Desde esta óptica merecen consultarse las monografías de Pilar Lorenzo Gradín, *La canción de mujer en la lírica medieval* (Santiago de Compostela, Universidade, 1990), Doris Earnshaw, *The Female Voice in Medieval Romance Lyric* (New York, Peter Lang, 1988), y de Ria Lemaire, *Passions et positions. Contribut à une sémiotique du sujet dans la poésie lyrique médiévale en langues romanes* (Amsterdam, Rodopi, 1988), cuyas ambiciosas propuestas de interpretación del conjunto resultan muy enriquecedoras.

⁸ Conviene recordar que en la traducción catalana del clásico estudio de Meg Bogin, *The Women Troubadour* (New York, Norton, 1976), publicado como *Les trobairitz, poètes occitanes del segle XII*, Barcelona, laSal, 1988, se incorpora la versión poética de Alfred Badia de la totalidad del corpus de estas poetisas (pp. 107-198).

Isabel de Villena, Leonor López de Córdoba o Teresa de Cartagena, empiezan a escribir sus obras a la sombra determinista de la cultura de su época⁹. En cualquier caso, faltan todavía más estudios, comparativos o no, que aporten nuevas luces a este fresco repleto de claroscuros, y, sobre todo, más ediciones críticas y/o divulgativas que nos permitan acceder a los textos.

RAFAEL M. MÉRIDA JIMÉNEZ

Konrad Haebler, *Introducción al estudio de los incunables*, ed., prólogo y notas de Julián Martín Abad, Trad. de Isabel Moyano Andrés, Madrid, Ollero & Ramos, 1995.

Todo investigador de los primeros productos de la imprenta o de la bibliografía peninsular habrá manejado más de una vez los trabajos bibliográficos de Konrad Haebler. En la memoria de muchos estará, entre otros, su *Bibliografía ibérica del siglo XV: enumeración de todos los libros impresos en España y Portugal hasta el año de 1500* o *Spanische und portugiesische Bücherzeichen des XV. Und XVI. Jahrhunderts*, sobre las marcas tipográficas en la Península Ibérica. Las reediciones en unos casos, y en otros, la traducción de algunas obras, han mantenido los textos en vigor probando el interés despertado hasta hoy. Una muestra de ello la ofrece la reciente edición de su *Introducción al estudio de los incunables* que, con el transcurrir del tiempo y justificado de sobra por la utilidad que proporciona hasta nuestros días, va tomando el camino de los libros que se alzan como clásicos en su materia.

Este volumen disfruta del privilegio de ser la primera traducción al español de un texto que cuenta en su haber con cierta historia editorial. El original alemán, *Handbuch der Inkunabelkunde*, fue editado en 1925, y reimpresso en 1966. Su primera aparición en inglés se fecha en 1933 con el título *The Study of Incunabula* según el texto revisado por el autor en 1932. Hubo una edición posterior a la mencionada inglesa en 1967. La *Introducción al estudio de los incunables* ha sido traducida utilizando la edición preparada por Hiersemann en 1966.

Acerca de esta edición es preciso considerar atentamente algún detalle. El editor literario, Julián Martín Abad, en el prólogo de la obra expone las dificultades que ha habido que superar para ofrecer un texto íntegro. Siguiendo este propósito, sus aportaciones sustanciales han sido completar y desarrollar los datos apuntados por Haebler : «(...) he tratado de poner al día —muy en especial desde el punto de vista bibliográfico y tratando de localizar textos de más fácil lectura que los siempre inevitables e imprescindibles trabajos alemanes— aquellos que presentan claras limitaciones debido al tiempo transcu-

⁹ Sobre estas últimas, véanse las orientaciones y noticias bibliográficas aportadas por Alan Deyermond en «Las autoras medievales castellanas a la luz de las últimas investigaciones», en J. Paredes (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Granada, Universidad, 1995, vol. I, pp. 31-52.

rrido». Cita que manifiesta la precisión y sabio quehacer que caracteriza el trabajo de J. Martín Abad. En último lugar, se ha incorporado un índice alfabético con el fin de facilitar la localización de cuestiones de interés.

Tras la introducción del autor, el contenido se organiza en dos amplias secciones: *I. El estudio* y *II. El libro*. Al primer apartado le compete el acercamiento al estudio de los incunables desde tres puntos de vista: su *Significado y extensión*, su *Historia y bibliografía* y una breve *Historia de la imprenta primitiva*. En estas páginas, y como sucede a lo largo de su exposición, los datos son abundantes; desde cuestiones meramente anecdóticas, como es la referencia al litigio poco conocido que se ocasionó entre J. Gutenberg y Johann Fust a causa de la caja de tipos empleada para componer la *Biblia de 42 líneas*, hasta momentos donde ejerce de guía por los temas más intrincados. De este modo el autor nos adentra, por mencionar un par de casos, en las dificultades que existen para precisar la noción de *incunables* o en la primacía que tuvieron la imprenta primitiva alemana, veneciana o parisina frente a otros países que no desarrollaron más allá de talleres provincianos, postergando así su salida del periodo incunable hasta fechas posteriores respecto a aquellos. Por otra parte, si Haebler describe los primeros intentos por catalogar los incunables, con las anotaciones de Martín Abad, como ya hemos indicado, se actualizan las referencias citando desde los repertorios especializados a los proyectos últimos —v.gr. *Incipit*, desde 1994— de los que incluso incorpora noticias para su acceso.

La siguiente sección dedicada al libro se articula en dos subapartados: *A. La preparación y la estructura* y *B. La impresión*, donde a su vez son examinadas las diversas fases recorridas por un texto dispuesto para ser impreso. Entre los factores anteriores a la impresión, hay noticias sobre el papel, formato, registro, firmas, foliación y reclamos, siendo considerados según sus características como posibles aliados para reconocer un incunable; por otra parte se examinan detalles de su aparición, evolución y variaciones a lo largo de los años como determinantes de los primeros impresos. Los temas tratados dentro del último epígrafe revisan todos los aspectos que se suceden en el proceso de impresión, desde los propiamente técnicos, como la fundición de tipos o la prensa, a los detalles formales o estéticos, como en el caso de las columnas, los cuerpos de los tipos, las formas, diseño, y hasta, los aspectos legales de la edición del libro: la data, la venta, los privilegios, reediciones o censuras. Se suman así hasta veinticinco posibles unidades temáticas de consulta. Esta cómoda y clara división es de agradecer en cuanto que facilita enormemente la búsqueda de unas y otras cuestiones y a la vez consigue vertebrar coherentemente la unidad del texto.

Algunas de las apreciaciones de las que da cuenta Haebler a propósito de los incunables resultan interesantes pudiéndose aplicar a épocas posteriores. Nos referimos, por ejemplo, al modo de estampar los tipos. Asegura el autor que coexistieron la forma de imprimir página a página y la impresión por formas, ya utilizada por Gutenberg para la *Biblia de 42 líneas*. Esta disposición llegaba a ser más efectiva por su economía en el uso de los tipos y porque reducía notablemente el tiempo empleado en la labor, ambos factores, como es sabido, eran considerados inestimables en el oficio. El método de

imprimir *por formas* sería empleado en siglos posteriores —no sólo cuando se trataba de imprimir textos manuscritos sino también al preparar una edición tomando otra como modelo original— y cuyo procedimiento, la división del texto en partes para componer e imprimirlas al mismo tiempo, incide en problemas de crítica textual. Pero este tema merecería otro espacio; quede apuntado, de todos modos, como nota de interés para demostrar la naturaleza de ciertos hábitos tipográficos que han permanecido en el oficio de imprimir durante más tiempo del puramente incunabulístico.

Como manual, la *Introducción al estudio de los incunables* tiene la virtud de hacer accesible su contenido tanto para el lector profano en la materia como al lector especialista. Cumpliendo su propuesta de «introducción», la explicación teórica de nociones básicas, tales como la valoración del colofón como fuente documental, la manera de averiguar el formato original de un libro o el origen de la relación editorial..., se acompaña con la definición del léxico técnico: punturas, corondeles, tacos xilográficos..., además de proporcionar al lector continuas referencias y ejemplos ilustrativos de cada uno de los temas en los que se detiene. De esta manera consigue ser una guía para adentrarse en cuestiones específicas y eruditas, entre ellas cabe mencionar por su utilidad las noticias dispersas a lo largo del texto argüidas a la hora de identificar un incunable. En este sentido debe valorarse la información aportada como el resultado de la labor del autor como investigador —ya citamos anteriormente varios estudios suyos— y la experiencia acumulada llevando a cabo la dirección del *Gesamtkatalog der Wiegendrucke*, también gracias a la información suministrada por los catálogos de incunables del Museo Británico, entre otros. La esmerada presentación tipográfica del volumen es una más de las variadas razones por las que este libro reclama, y merece, la consideración del bibliófilo.

SONIA GARZA MERINO
Universidad de Alcalá

Pero López de Ayala, *Crónica del Rey don Pedro y del Rey don Enrique, su hermano, hijos del Rey don Alfonso Onceno, I*, ed. crítica y notas de Germán Orduna; estudio preliminar de Germán Orduna y José Luis Moure, SECRIT, Buenos Aires, 1994, CLXVIII + 329 pp.

A sus recientes ediciones del *Rimado de Palacio* (1981 y 1987), el profesor Orduna añade ahora esta eruditísima de las dos primeras *Crónicas*, dividida en tres volúmenes: el primero, objeto de esta reseña, contiene una primera parte introductoria con la historia del texto, el estudio codicológico y ecdótico, las referencias bibliográficas y cuatro apéndices más una segunda parte con el texto cronístico de los diez primeros años del reinado de don Pedro I; el segundo volumen editará los años siguientes hasta la muerte de don Pedro y los correspondientes al reinado del primer Trastámara; y el tercero incluirá el análisis de la lengua, del discurso cronístico y de otras cuestiones relacionadas con el arte narrativo de Pero López de Ayala.

Pero antes de entrar en consideraciones de método y propiamente filológicas, conviene tener en cuenta las circunstancias materiales de esta edición, porque reflejan de manera paradigmática las condiciones en las que tienen que trabajar, en general, los medievalistas de países hispánicos frente a los de otros países como Estados Unidos: al enorme esfuerzo que comporta una edición de estas características, tanto más si está hecha con el rigor y la profesionalidad de la presente, se han añadido la penuria económica y los traslados que han hecho más penosa la labor, y hasta un asalto a mano armada que ha puesto al tablero la vida de los miembros del equipo.

Carecíamos, hasta ahora, de ediciones disponibles de las *Crónicas* del Canciller López de Ayala, fuera de alguna antología o intento aislado sin interés filológico. Las ediciones de Eugenio de Llaguno en 1779-1780 y la de Cayetano Rosell en la Biblioteca de Autores Españoles, de 1875-1878, basada en la anterior, son incoherentes y muy poco fiables filológicamente. Por otro lado, los editores posteriores de la *Crónica del rey don Pedro* no han advertido las intervenciones de Jerónimo de Zurita (s. xvi) y de Llaguno en el texto cronístico de Ayala. El criterio de Constance y Heanon Wilkins en su edición de las *Crónicas de Pedro I y Enrique III* (1985 y 1992), basado en la elección de un supuesto *codex optimus*, una vez renunciado a emprender una edición crítica, tampoco está justificado ecdóticamente. Todo lo cual evidencia la necesidad y la importancia de la edición del profesor Orduna y de su equipo del SECRIT (Seminario de Edición y Crítica Textual), cuyo órgano de expresión es, desde 1981, la revista *Incipit*. Aquí (1983, 1984, 1986 y 1992) y en los *Cuadernos de Historia de España* (1980, 1981 y 1982), Germán Orduna y José Luis Moure han venido publicando artículos imprescindibles sobre el registro de manuscritos, cuestiones ecdóticas y edición moderna de las *Crónicas*, que, sin embargo, no parecen haber tenido en cuenta otros especialistas dedicados a la edición de la obra cronística del Canciller.

El mismo título de la presente edición revela una de sus aportaciones fundamentales: la de integrar a su estructura original, por vez primera, la crónica de los reinados de Pedro I y Enrique II; que, en la intención de Ayala, se organizan en una sola unidad cronística, a tenor de la proclamación, en vida de Pedro I, de Enrique II como rey de Castilla y León (1366) (pp. LV-LXI).

En efecto, hasta Ayala, continuador de las crónicas de Fernán Sánchez de Valladolid, cada crónica abarcaba el reinado de un monarca. Pero ya en el primer capítulo de la *Crónica de Pedro I*, López de Ayala intentó cubrir el vacío que había dejado la *Crónica de Alfonso Onceno*, detenida en 1344, si bien retardó el tópico de cierre cronístico hasta el capítulo quinto. Cuando empezó a escribir la *Crónica de Pedro I*, estaba a punto de morir Enrique II, proclamado rey de Castilla y León en vida de don Pedro. Así que el ciclo de ambos reinados se había cumplido cuando Ayala inició su labor de cronista. Por eso imbricó las dos crónicas reconociendo a ambos como reyes «en contienda» desde la proclamación en Calahorra del hermanastro de don Pedro hasta la batalla de Montiel. Sólo a partir del reinado de Juan I, cuando ya se había establecido definitivamente la nueva dinastía, Ayala retomó los tópicos formales propios del comienzo cronístico.

El estudio preliminar se abre con una detalladísima y ampliamente documentada historia del texto donde el profesor Orduna comienza desvaneciendo un error en el que ha venido cayendo la crítica: el de considerar que la edición *princeps* de Sevilla (1495) edita sólo la *Crónica del rey don Pedro*. Por el contrario, este incunable (que es descrito en el Apéndice II) contiene las tres primeras Crónicas. Las siguientes cuatro ediciones del siglo xvi (también descritas en dicho Apéndice) son las únicas anteriores a la de Eugenio de Llaguno en el siglo xviii, hecha a partir de las enmiendas y notas reunidas por Zurita a mediados del xvi.

Conduciéndonos por el intrincado laberinto de la tradición manuscrita, el profesor Orduna reconstruye la *recensio* de Jerónimo de Zurita, quien trabajó con dos manuscritos básicos pertenecientes a la versión de las *Crónicas* conocida como *Vulgar*: el llamado *de pliego de marca mayor*, primero, cuyas correcciones pasó luego al *de vitela*, que presentó al Consejo Real de Castilla (RAH 9-4765, *olim* A-14, identificado con la sigla *B*). Este segundo contiene las Crónicas de los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y los cinco primeros años del reinado de Enrique III más las anotaciones del manuscrito 431 de la Biblioteca Lázaro Galdiano de Madrid (identificado con la sigla *L-G*). Ambos códices (*B* y *L-G*), que integraban el original que Zurita preparó para presentarlo a Felipe II, aunque no llegó a editarse, constituyen la base o texto de referencia de la edición de Orduna. Sin embargo, Zurita debió de compulsar otros manuscritos tanto de la versión *Vulgar* (los de la biblioteca del Marqués de Santillana (*E*) y del conde de Sástago, hoy en paradero desconocido) como de la *Primitiva* o *Abreviada* (el de Guadalupe, de cuyo original se conocen dos copias: *a* y *p*; el de Micer Juan Pérez de Nueros (*b*) y la llamada «crónica de mano de Valencia» (*c*), representante del estado redaccional más primitivo del que derivan dos ramas: la *Primitiva* y una reelaboración que conformó la versión que se conoce como *Vulgar*) para sus correcciones sobre la versión impresa de Toledo, 1526.

Ahora bien, el licenciado Sancho Hurtado de la Puente poseyó un ejemplar de Toledo, 1526 con las cuatro crónicas sin anotar por Zurita. Las notas y enmiendas que añadió Hurtado de la Puente las tomó de diferentes manuscritos (modificaciones que pasó al impreso de Pamplona de 1591), y éste es el *textus receptus* que utilizó Llaguno. Eugenio de Llaguno trabajó, además, con el manuscrito *p*, cotejado con una copia de tiempos de Carlos V, para el texto de la crónica inconclusa de Enrique III. De manera que su método consistió en escoger el texto de un manuscrito corregido (*B*) que alteró sirviéndose de pasajes de una edición moderna corregida por Hurtado de la Puente, de la cual se limitó a registrar las variantes de contenido. Éste fue, a su vez, el *textus receptus* de Cayetano Rosell, quien omitió los criterios editoriales de Llaguno, no discriminó, en general, las notas de Zurita, Hurtado de la Puente y Llaguno, erró en su adjudicación, omitió y redujo el contenido de otras y, finalmente, modificó la cronología y la asignación de años de reinado.

Estas conclusiones permiten apreciar otra aportación de la edición de Orduna respecto a la anterior del Hispanic Seminary of Medieval Studies de Madison (1985), cuyos editores, ignorando las investigaciones del SECRIT a las que he aludido anteriormente, partían del supuesto erróneo de que las cua-

tro crónicas forman una unidad dividida en cuatro secciones, lo cual les llevó a sostener la falsa prioridad de la forma *Vulgar*; equiparaban las versiones *Vulgar* y *Primitiva* como si fueran dos ramas de una misma tradición textual y transcribían incorrectamente el manuscrito *B* al ignorar la procedencia de las enmiendas marginales de Zurita, que daban como enmiendas del copista.

Precisamente en sendos artículos de 1982 y 1984, publicados en la revista *Incipit*, el profesor Orduna había expuesto las ventajas de recurrir a la *collatio externa* como procedimiento auxiliar para identificar familias de manuscritos y ramas de una tradición. De su aplicación a las *Crónicas* de López de Ayala se deduce la existencia de dos tradiciones (pp. XXVI-XLI). Después de resumir y valorar la bibliografía precedente sobre el tema (pp. XLII-XLIX), el profesor Orduna llega a las siguientes conclusiones: Pero López de Ayala inició su labor de cronista bajo el reinado de Enrique II y completó la crónica de los dos primeros Trastámaras durante el reinado de Juan I. Luego fue recopilando nueva información y añadiendo modificaciones y actualizaciones (al margen, en un cuaderno de notas y en otras *addenda*). A raíz de la boda entre el futuro Enrique III y Catalina de Lancaster (nieta de Pedro I y de María de Padilla) terminó el enfrentamiento entre los Trastámara y la anterior dinastía; así que López de Ayala debió de emprender una segunda redacción que armonizaba la figura de Pedro I con la nueva situación. La *Crónica de Juan I* fue redactada según este punto de vista. Son señales de este nuevo enfoque la cronología cuádruple (era cristiana, del César, hebrea y musulmana) y la inserción al final del capítulo último de cada año de noticias sobre los reinos extranjeros, aunque la *Crónica de Enrique III* no parece haberse redactado en su forma definitiva. Con posterioridad a la muerte de López de Ayala, las cuatro crónicas se integraron en uno o más códices. De todo ello resultan tres ensamblajes:

1) La PRIMITIVA I (mss. *c, d*), integrada por la *Primitiva* (que contiene la *Crónica de Pedro I y Enrique II*) + la *Crónica de Juan I*. Forma un cuerpo heterogéneo ajeno a la responsabilidad del Canciller y compilado por alguien que ignoraba la diferente naturaleza de sus componentes textuales.

2) La VULGAR (mss. *B, L-G, C, K, Y, Z, T, X₁, H*), que es una suma de la *Primitiva* reescrita + la *Crónica de Juan I*.

3) Y la PRIMITIVA II (mss. *a, b, p, q*), integrada por la *Primitiva* + la reescritura del final de la *Crónica de Enrique II* + la *Crónica de Juan I*. A este tercer ensamblaje se añadiría la *Crónica de Enrique III* (mss. *A, E, W, M*, por un lado, y *X*, por otro).

No obstante, tanto la *Crónica de Juan I* como la de *Enrique III* forman una tradición independiente. En resumidas cuentas, el profesor Orduna distingue entre la PRIMITIVA propiamente dicha, la ABREVIADA (que abarca el conjunto de los siete códices que resultan de la yuxtaposición de una versión *Primitiva* y del texto de uno o dos de los monarcas siguientes: *a, b, c, d, m, p, q*) y la VULGAR (los 17 mss. homogéneos correspondientes a la segunda redacción, incluido el incunable de Sevilla, 1495, del que derivan las cuatro ediciones del s. XVI: *A, B, C, D, E, H, K, L-G, M, T, W, X, X₁, Y, Z, Cat., Inc.*).

El criterio escogido por el profesor Orduna para el establecimiento del texto constituye una nueva y esencial aportación de su edición, al decidir em-

prender una edición crítica cuyo objetivo es restituir el texto aproximándolo lo más fielmente posible al arquetipo. Aunque considera aventurado establecer un *stemma* al uso, debido a la contaminación esporádica de los manuscritos y a lo largo de la tradición textual, sí establece un *stemma* redaccional (p. XXXI). Considera, en cambio, más útil caracterizar cada uno de los nueve mss. resultantes de la *collatio codicum* dividiéndolos en dos ramas y un grupo:

Rama I: *B*, *L-G*, de los cuales el segundo es clave para la fijación del texto crítico y es utilizado por primera vez en una edición crítica.

Rama II: *D* (que, en general, abrevia, lo toma como testimonio de esta rama para constituir el texto crítico), *K* (muy próximo al anterior); *X* e *Y* (que copian un mismo ejemplar); y *Z* (que reordena la frase y abrevia, amplifica o refunde, está vinculado a *D*; pero a través de un subarquetipo común).

Grupo III: *A* (que refleja un estadio anterior a *D* y *Z*, aunque pertenecen a la misma rama) y *W* (el Madison 57, que tampoco había sido utilizado antes en una edición crítica y ha permitido solucionar lugares deturpados y advertir saltos en el texto).

La *constitutio textus* es, a la vista de lo expuesto, mucho más rigurosa y fiable que la de cualquier edición anterior, el resultado de las cuales ha sido siempre un texto facticio o ideal en el que los editores más modernos han efectuado restituciones críticas incoherentes por carecer de un análisis fundamentado de la historia del texto, inconsecuentes con sus propios postulados metodológicos y faltas de un riguroso análisis ecdótico.

El texto de referencia o texto base de la presente edición está tomado de las lecturas de *B* y *L-G*, auxiliadas con las lecciones de *W*. Su editor regulariza las alternancias y, en el caso de los nombres extranjeros, conserva las lecturas más próximas a la original conocida con el concurso del *Becerro de las Behetrías*.

La transcripción está hecha con coherencia, modernizando el uso de mayúsculas y la puntuación, pero tratando de mantener el ritmo propio de la frase medieval. La unión y separación de palabras sigue la pauta de *L-G* o *W*, y los puntos y aparte se utilizan para marcar grandes unidades en el contenido de los capítulos. En ningún caso el editor intenta reconstruir la lengua de Ayala a partir de manuscritos que no son ni originales ni apógrafos, sino subarquetipos alejados, al menos, treinta años del original. Tampoco se indica en la tipografía el desarrollo de las abreviaturas, dado que no se reproduce un texto determinado. Asimismo, el editor sigue un orden de preferencia de manuscritos para el auxilio de las lecturas deturpadas y, cuando aparece una forma gráfica totalmente extraña al *usus scribendi*, acoge la forma más cercana a la habitual o bien restituye entre corchetes la forma conjeturable, así como todas aquellas que conviene restituir a su juicio. Por el contrario, indica entre paréntesis aquello que debe eliminarse.

El aparato crítico está dividido por segmentos de texto y en dos niveles: un aparato positivo de variantes a pie de página, donde se registran todas las diferencias con el texto de Llaguno-Rosell y se renuncia, en aras de la claridad y la economía, a las variantes vacías, a las trasposiciones que no sean significativas y a las variantes en la denominación de los personajes que,

cuando se trata de nombres propios, son registradas sólo la primera vez que aparecen; y un aparato de notas, colocadas al final de cada capítulo, textuales, críticas, de referencia intertextual, explicativas, de interpretación y de referencia histórica o geográfica.

El ejemplar estudio preliminar de este primer volumen culmina con una lista actualizada de referencias bibliográficas y cuatro apéndices que contienen el prólogo general a las *Crónicas de los Reyes de Castilla* (ms. RAH, olim A-14), una prolija descripción de las ediciones anteriores a 1600 y de los manuscritos, que supera las ya existentes, y un repertorio exhaustivo de lugares restaurados en el texto crítico, hecho con el cotejo de las lecturas de Llaguno y los Wilkins.

La ingente labor del profesor Orduna y de su equipo ha dado como resultado una transcripción fiable y justificada con criterios filológicos serios y rigurosos que es, además, la primera edición crítica de las *Crónicas* de Pero López de Ayala. En este sentido, supone un enorme progreso respecto a la edición de Llaguno divulgada por Cayetano Rosell y también respecto a las ediciones posteriores.

MANUEL CALDERÓN CALDERÓN

Poesía española. 1. Edad Media: juglaría, clerecía y romancero, edición, prólogo y notas de Fernando Gómez Redondo, Barcelona, Crítica, 1996.

La antología de poesía española medieval que reseñamos supera con creces el concepto de antología poética al que estamos acostumbrados, tanto por la exhaustiva selección de textos que acoge como por el concienzudo trabajo de edición llevado a cabo. El mismo proyecto de la antología es en sí ambicioso, pues abarca las primeras manifestaciones poéticas en lengua vernácula producidas en nuestra Península durante los siglos XII al XIV.

Un trabajo de estas características no está exento de dificultades. Consciente de ello, el editor así lo advierte, haciendo especial hincapié en la imposibilidad de establecer una datación precisa para la mayoría de los textos y en el concepto de poesía tan distinto del actual que se tenía en la Edad Media, que en una breve síntesis, aunque esclarecedora y bibliográficamente bien orientada, se encarga de perfilar.

Su propuesta de estudio de la poesía medieval atiende a los principios que intervienen en la formación de la misma, que determinan, a su vez, la distribución de los textos en esta antología. Alude Gómez Redondo a un período inicial, en el que se llevaría a cabo la invención de un verso rítmico silábico y su ajuste a una serie de secuencias musicales que permitieran su interpretación. Engloba en este período, que se extendería a lo largo del siglo XII, tanto la primera lírica de carácter tradicional como los poemas juglarescos.

En una segunda etapa nos hallamos ante las primeras muestras de teoría literaria en castellano, y con ello ante una especial valoración de la poesía como instrumento de comunicación y la génesis de nuevos principios de escritura, cuyo punto de partida lo constituye la segunda estrofa del *Libro de Ale-*

xandre y cuya pervivencia se prolonga a lo largo de todo el siglo xiii gracias a su sistematización y su uso por autores como Berceo o el anónimo del *Poema de Fernán González*.

La experimentación con los distintos moldes rítmicos de verso en un nuevo marco de relación social definido por la corte de Alfonso X, marcará, siempre a juicio de Gómez Redondo, el inicio de una nueva etapa, caracterizada por el amplio abanico de temas, aunque no exclusivos del discurso en verso, que abordará esta poesía, como consecuencia del despliegue de los recursos formales procedentes de los saberes clericales.

La última fase de esta poesía medieval coincide con la aparición de los primeros tratados específicos de teoría poética (Villena, Santillana, prólogo al *Cancionero de Baena*), que culminan el proceso de creación de un discurso formal en lengua vernácula. Esto tendrá lugar en el seno de la sociedad de Juan II, que hará de la poesía el centro absoluto del pensamiento político y moral.

Pues bien, teniendo en cuenta todas estas circunstancias, Gómez Redondo establece tres grandes apartados dentro de la poesía medieval de los siglos xii al xiv: poesía y recitación juglaresca, poesía clerical y la corte como ámbito de desarrollo poético. Nos detendremos brevemente en la caracterización que de cada uno de ellos efectúa.

Con respecto al primer bloque, el editor comienza por advertir de la dificultad que entraña la determinación del momento exacto en que se conformó el discurso del verso vernáculo y se adhiere a la tesis de que tuvo que iniciarse en el siglo xii, tras un largo período de tentativas y experiencias artísticas en una fase todavía de oralidad. Opina que la definitiva identidad de la épica castellana obedece a los modos de recitación con que es interpretada y al nuevo público a quien se dirige. Considera que el anisilabismo le es inherente, aunque acepta también que el verso sufriría perturbaciones en el curso de la transmisión oral. Al hemistiquio le concede la importancia de ser molde de la unidad morfosintáctica que conforma el verso y a las tiradas, la de constituir verdaderas unidades narrativas. Apoyándose en los versos 2276-2277 del *Cantar de Mio Cid* supone que estas tiradas se agruparían en cantares, que girarían en torno a un mismo eje temático. En su evolución juzga fundamental el influjo ejercido por otros textos occidentales desde la segunda mitad del siglo xii, lo que presupone, además de la transformación de los cantares desde las primeras décadas del siglo xiii y la adopción del pareado, que la audiencia (quizá de carácter cortesano) estaba capacitada ya para comprender y asumir las variadas relaciones de ideas sugeridas por el discurso formal y que se había producido una distinta valoración de la experiencia poética y de su utilidad en los planteamientos de la vida cortesana.

Ya en la primera mitad del siglo xiii, una serie de factores, como son las traducciones y la aparición de las composiciones de poetas cultos con una clara voluntad de autoría, favorecen la producción literaria. Sus novedades formales y sus principios constructivos los halla en la estrofa segunda del *Alexandre*. En su glosa pone de manifiesto el orgullo de los autores clericales, que radicaba en la dificultad de alcanzar una regularidad métrica que requería conocimientos gramaticales muy específicos. A la luz de la copla 428 del

Apolonio, aventura también que quizá conviniera entender la oposición juglaría/clerecía desde la perspectiva de la interpretación y consiguiente recepción de los textos y no tanto desde la perspectiva de la creación. Finalmente, la variedad estrófica del *Libro de buen amor* le permite concluir que la clerecía no es una modalidad literaria que dependa de una sola disposición estrófica, sino un conjunto de saberes que genera unos procedimientos estilísticos aplicables a distintas combinaciones de versos y que, especialmente durante el siglo xiv, una de las peculiaridades de la clerecía es la experiencia formal, el juego continuo con las técnicas poéticas, con las que se pueden provocar múltiples efectos de recepción y transmitir con efectividad contenidos muy diversos.

Gómez Redondo cree que la confluencia de trovadores occitanicos, catalanes, gallegos y portugueses en la corte de Alfonso X, en un momento de la segunda mitad del siglo xiii, fue fundamental para la evolución de la poesía. Las combinaciones de sus cantigas entrarían en contacto con los textos clericales, ya que el público de unos y otros podía ser perfectamente el mismo. Este hecho demostraría que el conocimiento de la gramática y la retórica sale del ámbito clerical para incorporarse al político y humano de la relación social. Por otra parte, la posible traducción del *Libro del tesoro* en el período alfonsí sería indicio de la asimilación de unos saberes técnicos y formales que en estos momentos contribuyen a la constitución de la cortesía, que define como la «especial disposición del ser humano para constuir la imagen literaria y artística de la realidad en que habita» (p. 39). Por último, opina que la traducción de la *Historia troyana polimétrica* supondría, en última instancia, que el público era capaz de apreciar las sutiles diferencias formales derivadas de una variación métrica extraordinaria, lo que sólo es explicable por la conversión de la clerecía en cortesía, por el trasvase de unos conocimientos gramaticales y retóricos a un público que sabe, por lo menos, valorarlo, abriendo así el camino que seguirá la poesía cancioneril.

Tres son las principales conclusiones con que el editor finaliza el estudio que antecede a la edición propiamente dicha. La primera de ellas es que el proceso de creación de una producción lírica en lengua vernácula comienza por la determinación del verso, en el que se ajusten los períodos acentuales a la secuencia monódica con que debía ser interpretado, seguido por la experimentación de sus posibilidades de combinación. Su segunda conclusión es que puede estudiarse el desarrollo de las formas poéticas medievales en relación al público al que se destinaban y rastrear, en las circunstancias que lo hicieron posible, conceptos como el orgullo de la obra creada, la satisfacción del autor por los conocimientos empleados y la voluntad de autoría. Finalmente, supone también que la evolución moral, doctrinal e incluso poética de los grupos sociales que conformaban el público dependía en buena medida de los valores descubiertos en estos textos y de su asimilación.

A la hora de adoptar unos criterios de edición, advierte de la dificultad que ello conlleva por los drásticos cambios lingüísticos que se suceden durante los siglos xiii a xiv. Este hecho, así como las distintas vicisitudes de transmisión de los textos y un manifiesto afán divulgativo, le obliga a seguir unos criterios de transcripción que él mismo califica de eclécticos y que persiguen

tanto la conservación del valor del texto como documento lingüístico como facilitar su lectura. Acorde con ello, regulariza el uso de aquellas grafías cuya alternancia carece de valor fonológico, salvo excepciones que justifica, y separa las palabras, puntúa y acentúa según los criterios ortográficos actuales, aunque con algunas particularidades motivadas por las especiales características de la lengua medieval. Respecto a las abreviaturas, las desarrolla sin indicación alguna y sin el propósito de unificar palabras separadas por dos siglos, lo que da lugar a algunas alternancias.

Los textos seleccionados se distribuyen en siete grandes apartados, alguno de los cuales se halla a su vez subdividido en otros. Dejamos constancia a continuación de la organización de la antología:

a. Épica y juglaría.

a.1. Cantares de gesta: *Siete infantes de Lara*; *La condesa traidora*; *Romanz del Infant García*; *Cantar de Sancho II*; *Cantar de Mio Cid*; *Mocedades de Rodrigo*; *Roncesvalles*; *Bernardo del Carpio*.

a.2. Poemas noticieros e historiográficos: *¡Ay Jherusalem!*; *Cantar del rey don Alonso*; *Historia troyana polimétrica*; Rodrigo Yáñez: *Poema de Alfonso Onceno*.

b. Juglaría y clerecía

b.1. Poemas de debates: *Disputa del alma y el cuerpo*; *Razón de amor*; *Elena y María*.

b.2. Poemas hagiográficos: *Libro de la infancia y muerte de Jesús*; *Vida de Santa María Egipciaca*.

c. Clerecía: siglo XIII: *Libro de Alexandre*; Gonzalo de Berceo: *Vida de San Millán*, *Vida de Santa Oria*, *Milagros de Nuestra Señora*, *Duelo de la Virgen*; *Libro de Apolonio*; *Poema de Fernán González*; *El Dio alto que los cielos sostiene*.

d. Clerecía: siglo XIV: *Vida de San Ildefonso*; *Libro de miseria de omne*; Juan Ruiz: *El libro de buen amor*; *Proverbios del sabio Salomón*; *Catón castellano*; Sem Tob: *Proverbios morales*; Pero López de Ayala: *Rimado de Palacio*; *Consejos a un abogado* (*Guarte Rueda*).

e. Poesía aljamiada: *Poema de Yüçuf*; *Coplas de Yóçef*; *Alhotba arrimada*; *Poema anónimo en alabanza de Mahoma*; *Loor de Mahoma*.

f. Oraciones y textos litúrgicos: *Diez mandamientos*; *Oficios de la Pasión*; *Oración a Santa María*; *Gozos de la Virgen*; *Oración a Santa María Magdalena*.

g. Romances

g.1. Romancero épico

g.1.1. *Siete infantes de Lara*: *Quejas de doña Lambra*; *Llanto de Gonzalo Gustioz*; *La venganza de Mudarra*.

g.1.2. *Cantar de la partición y de Sancho II*: La muerte del rey Fernando; Las quejas de la infanta Urraca al rey; Quejas de doña Urraca a Rodrigo; Romance del rey don Sancho; La jura de Santa Águeda.

g.1.3. *Cantar de Mio Cid*: El Cid recauda las parias; El rey moro que perdió Valencia.

g.1.4. *Mocedades de Rodrigo*: Entrevista de Diego Laínez y Rodrigo con el rey.

g.1.5. *Bernardo del Carpio*: La entrevista de Bernardo con el rey.

g.1.6. *Fernán González*: Encuentro de Fernán González y del rey Sancho Ordóñez; Fernán González y los mensajeros del rey.

g.1.7. *Don Rodrigo y la pérdida de España*: La penitencia del rey don Rodrigo.

g.1.8. *Materia de Francia*: Batalla de Roncesvalles; La muerte de don Beltrán; El sueño de doña Alda; Infancia de Gaiferos; Gaiferos vengador.

g.2. Romancero histórico: Romance del rey don Alfonso el Sabio; Romance del rey don Fernando cuarto; Romance del prior de San Juan; Romance de los augurios del rey don Pedro; «Entre las gentes se dize»; Romance del maestre de Santiago; Romance de la muerte de doña Blanca; Romance de doña Isabel.

Cada uno de estos poemas va precedido de una nota introductoria donde da noticia de sus orígenes y de las vicisitudes sufridas por los mismos e informa de la versión (o versiones) seguida para su edición. Cuando no se ofrece el texto en su integridad, breves resúmenes del mismo hacen posible seguir su desarrollo sin pérdida alguna de contenido. Incluso se remite, en alguna ocasión, a otros textos que permiten apreciar la evolución de los poemas antologados. Por otra parte, en aquellos casos en que no se conserva propiamente el poema, sino sus refundiciones en prosa, se editan los pasajes de las crónicas que los contienen.

Las notas léxicas y todas aquellas indicaciones complementarias que facilitan la precisa inserción de cada texto en el contexto histórico-literario en que vio la luz se disponen a pie de página reservándose el final de la antología para la disposición del aparato crítico, que culmina la completa anotación de los textos que Gómez Redondo ha llevado a cabo.

En nuestra opinión son muchas las virtudes que podrían señalarse de esta antología, pero quisiéramos destacar, ante todo, la accesibilidad de textos cuyas dificultades de comprensión podrían desanimar a los lectores no familiarizados con la lengua medieval. En este sentido, cumple plenamente el objetivo, que el propio editor señala al hablar de los criterios de edición, de que estas obras pudieran llegar al mayor número de lectores posible. Pero este afán divulgativo no está reñido con el rigor y, en la medida de lo que una antología de estas características permite, con la profundidad. De esta manera, esboza su propia concepción de la poesía de este singular período, en la que destacaríamos el peso que concede a la recepción de los textos en la conformación de la misma y su contribución a la superación de la dicotomía juglaría/clerecía, que, a pesar de que hace años ya que se ha formulado, aún sigue manteniéndose en algunos ámbitos escolares.

No nos resta ya sino felicitar a Fernando Gómez Redondo por su buen hacer en un trabajo que a priori se presentaba lleno de dificultades. Gracias a su esfuerzo contamos con un completo panorama de la poesía castellana de los siglos XII al XIV, que, aunque esperamos no sirva de excusa para no leer los textos en su integridad, estamos seguros será de gran utilidad para una primera aproximación a los mismos.

ANA M. MARÍN SÁNCHEZ